

Tiempo para la educación \ (1)

por Ricardo Díez Hochleitner

Querido director: Tu amistoso reto, hecho carta, urgiendo una respuesta a la interrogante de hacia dónde va nuestra sociedad, resalta con fuerza en cualquier conciencia viva y se acrecienta en proporción a la información disponible sobre las preocupantes coordenadas de nuestro tiempo. De ahí la importancia de las reflexiones que en las páginas de este periódico se vienen haciendo últimamente, gracias a tu iniciativa. Sin embargo, los hombres no sabemos, no podemos, dar una respuesta concreta y cierta. Tan sólo nos cabe señalar amenazas que se acumulan en el horizonte, y, a la vez, vislumbrar esperanzas, que serán fundadas en la medida en que estemos dispuestos a asumir nuestras propias responsabilidades.

Durante las últimas décadas se ha ido imbuyendo en la mente de los hombres un adormecedor sentimiento de satisfacción ante la vana seguridad de alcanzar sucesivas cotas de bienestar material y, con ingenua soberbia, se creía estar a las puertas de un futuro de crecimiento sin límites. De este modo se han extendido unos modos hedonistas de vida que, alimentados de egoísmo, han hecho tabla rasa de creencias y valores, reduciéndolos en muchos casos a simples palabras huecas, desprovistas de su esencial contenido. Entre tanto, la crisis se adueña del mundo, de cada sociedad, en todos los ámbitos, y coloca inopinadamente al hombre, inerme y sin asidero, ante la dura realidad presente y ante un futuro con dificultades de proporciones jamás imaginadas. La expansión y el progreso meteórico alcanzados han puesto, en suma, en grave peligro la armonía del sistema global de nuestra sociedad y aun la estabilidad psíquica de los individuos.

(1) Artículo publicado el 6 de junio en el diario "Informaciones" de Madrid.

Crisis de la energía, elevados porcentajes de inflación, interminables y atroces conflictos armados, creciente terrorismo civil, desempleo en aumento, progresivo receso económico global —íntimamente imbricado con el desfondamiento del sistema financiero internacional— sin precedentes desde la Gran Depresión... Pocos se atreverán a negar que el mundo, nuestra sociedad, está en vías de rápido cambio. Pero, ¿hacia dónde? Nuestra capacidad previsoras y anticipatoria del futuro nada tiene de qué jactarse, ni aun a corto plazo. Por si ello fuera poco, las posibles esperanzas quedan a menudo sofocadas por la inmadurez que anida en tantos adultos o por el nihilismo de muchos jóvenes, que se hacen viejos prematuramente en una sociedad que no sabe hacia dónde va o hacia dónde quiere ir, quizá precisamente porque trata de olvidar de dónde viene.

Resulta casi imposible tratar de diagnosticar en su dimensión histórica el momento presente y aún mucho más prever el futuro. Las cábalas van desde el convencimiento de que estamos en la hora de una "gran transición" a un nuevo orden planetario, hasta el temor de que nuestros egoísmos y las acciones miopes de los Gobiernos nos encaminen a una segunda Edad Media con un feudalismo trasnochado. Así, una de las tomas de posición respecto de la posible mutación histórica en curso es la que equipara nuestro tiempo al de las revoluciones francesa y americana, hasta el congreso de Viena del siglo XIX, preconizando un cambio cualitativo en el Estado-nación. Otro punto de vista, mucho más avanzado que el anterior, es el que prevé no simplemente un cambio interno, sino una verdadera transformación del "Estado moderno" que empezó a sustituir al feudalismo europeo desde la Guerra de los Treinta Años y la Paz de Westfalia, a mediados del siglo XVII. Esta transformación profunda sería resultado de la acumulación de los efectos de la primera y la segunda guerras mundiales, junto a las consecuencias del progreso material y de los intensos cambios de todo orden que desde entonces se han generalizado en el mundo, y que han tenido consecuencias sustantivas en el orden internacional. Estas posibles interpretaciones sugieren alternativas que se mueven entre el catastrofismo definitivo, la amenaza de una época de mediocridad o tal vez, por el contrario, el preludio de un nuevo renacimiento.

Sea como sea, la nueva era que por todos los síntomas parece estar emergiendo ahora desafía toda capacidad de imaginación y descripción y la reflexión sobre el pasado hace dudar de la coherencia de las tendencias actuales. Así, por ejemplo, la deseable solidaridad de la Humanidad parece contradecirse gravemente con la exacerbada pasión por defender la identidad cultural de cada grupo. Quizá es que el hombre, cuando se ve inexorablemente sumergido en un todo uniforme, busca afirmar su personalidad por cualquier medio a su alcance, como ocurre dramática y frecuentemente en las urbes gigantes.

Otro ejemplo de las contradicciones que encierra esta época de transición es que, frente a lo que muchos siguen creyendo, no sólo ha terminado la aceleración gradual del crecimiento económico que

caracterizó la era industrial, sino que también afecta ya ese mismo fenómeno al crecimiento demográfico del mundo industrializado en su conjunto. Tanto los índices de crecimiento de la población como de la economía parecen haber alcanzado sus valores punta al principio de los años 70, y ambos empiezan ahora a reducirse considerablemente. Sin embargo, la dinámica del crecimiento, característica de la era industrial que conformó el orden social contemporáneo, sigue siendo por inercia el factor determinante en nuestras instituciones, prioridades y sistemas de vida. Ello quizá explique que, pese a las indudables limitaciones de los recursos materiales, no renovables, como es el caso de los metales ligeros y de los carburantes fósiles, continúe el frívolo e irresponsable derroche de los mismos. Un fenómeno similar empieza a suceder con ese gran patrimonio de la Humanidad que es el sistema biológico natural, del que dependemos esencialmente y que, si bien es renovable, se está viendo afectado ya en su capacidad de regeneración por el incontrolado afán de consumo.

Ni éstos ni otros muchos problemas interdependientes han surgido de pronto, sino que venían incubándose a lo largo de estas últimas décadas de aparente abundancia y de indudable progreso material. La preocupación suscitada por las decisiones de los países productores de petróleo, aunque considerable, ha sido tan sólo una primera alarma a nivel mundial en torno a los problemas del abastecimiento energético. La verdadera crisis del crecimiento económico, según todos los cálculos, se hará sentir probablemente entre los años 85 al 95. Los síntomas más inmediatos se refieren a la escasez de recursos físicos, pero junto a ellos figuran la inflación, el paro y el estancamiento o el declive económico, en un grado que depende de la voluntad y la capacidad de gestión política con visión a medio plazo, dispuesta a hacer frente a las inevitables tensiones y a aceptar el riesgo de impopularidad de las decisiones por sus inevitables efectos inmediatos.

En este desafío de ámbito mundial, Europa tiene que hacer frente además a un problema que resulta paradójico cuando aún resuenan los preocupantes datos sobre el exceso de población del planeta. Porque resulta que Europa, que a lo largo de siglos fue el centro del poder sobre la casi totalidad de los habitantes de la Tierra, no sólo ha perdido en menos de dos siglos ese papel preponderante por vía de la descolonización, sino que ve reducidos sus propios índices de natalidad a tal punto que para el año 2000 sus habitantes pasarán a ser un grupo marginal en el mundo, con menos del 5 por 100 del total. Las consecuencias de este hecho son innumerables. La prosperidad europea no tiene para el futuro otro asidero cierto que la posibilidad de compensar esa escasez de población con una calidad excepcional en el ámbito intelectual, científico y tecnológico-industrial, que deberá ser sobre todo resultado de un gigantesco esfuerzo de aprendizaje en cantidad y eficacia. Europa puede deslizarse rápidamente hacia el subdesarrollo y abandonar el club de los países "ricos-ricos" para pasar a ingresar en el de los "ricos-pobres", al decir de Danzin. El déficit energético, agrícola y de metales ligeros, entre otros, está llevando a Europa a un colosal endeudamiento exterior,

con las graves secuelas de una difícil competitividad industrial y un paro muy elevado, que alimentan el desasosiego político y el terrorismo. Ello explica quizá el evidente clima egoísta que se respira últimamente en la Comunidad Europea; la integración europea se ha vuelto tecnocrática y mercantil, cuando debiera ser esencialmente un problema de ideales y de conciencia, para responder a lo que ella misma proclama.

Para Europa, la ciencia y la tecnología son ciertamente cuestión de supervivencia, pero la civilización europea, su razón de ser, es sobre todo un estilo de vida y un cierto orden social fundado en una constante aspiración de libertad y de humanismo, en que se encarnan un ethos y unos ideales de los que no puede renegar sin renunciar a sus únicas posibilidades de supervivencia.

En el contexto mundial y europeo, España es ahora excepcional y esperanzadora referencia a pesar de algunas inquietudes. La transición que vivimos no tiene precedentes históricos ni ejemplo similar como fenómeno sociológico. Sólo un balance al cabo de unos años de ejercicio y consolidación democrática darán contenido al juicio de la Historia. Pero la interrogante de futuro que se planteaba a fines de 1975 tiene ya como respuesta el sólido capital logrado en apenas tres años, a pesar de que, para la gran mayoría de dentro y de fuera, presentaba entonces un horizonte oscuro e incluso inviable. Quienes conocen al pueblo español, batido por todas las mareas y exigencias del devenir histórico, tienen fe y están seguros de su destino. Quienes conocen al Rey saben que el timón de este barco que nos es común tiene firmemente enfilada la ruta hacia una sociedad moderna.

Los problemas generales del mundo, y de Europa en particular, que afectarán a España son muchos y muy importantes. Junto a numerosos síntomas, muy positivos, de recuperación hay problemas específicos de nuestra circunstancia que son particularmente graves. Por ello, ante tanta complejidad resultarían irresponsables y peligrosas las simplificaciones sobre nuestro futuro. En todo caso, parece como si ésta fuera solamente la hora de los **derechos**: el quehacer constitucional pone el natural e indispensable énfasis en los mismos. Pero también urge que, simultáneamente, suene con igual fuerza la hora de los **deberes** individuales y colectivos.

En España, al igual que en los demás países, hay necesidad de readaptar la vida social para superar tantos y tantos problemas globales y particulares, empezando por una nueva ética social que supere la prevalente ética del crecimiento indiscriminado. Y esto implica transcender los egoísmos individuales y de grupo para lograr un planteamiento solidario de los problemas en el seno de nuestra sociedad. En un mundo falto de ideas políticas de verdadera envergadura frente a las dificultades que le acosan y donde prevalecen la falta de autenticidad y el oportunismo, no podemos contentarnos con preguntar hacia dónde nos llevan o arrastran los acontecimientos, cuál es la tendencia de nuestro devenir, sino que hemos de reflexionar y establecer hacia dónde deseamos que se oriente nuestra sociedad y en qué medida estamos dispuestos a comprometernos en una tarea co-

mún, para alcanzar las metas a las que, desde la justicia y la moral, nos es válido y posible aspirar.

Sea cual fuere la perspectiva más ajustada sobre el indudable cambio en curso, lo primero y más indispensable es empezar ahora a analizar sistemáticamente los peligros y las esperanzas, a informar sobre los sacrificios y los resultados que el futuro exige y a educar en consecuencia. En vez de ir adaptándose simplemente a un mundo en gradual evolución, los hombres tienen que empezar a aprender a resolver problemas totalmente nuevos y a anticiparse al futuro, para conseguir que la Humanidad sobreviva con suficiente bienestar y con verdadera dignidad. La educación se convierte así, una vez más y con particular fuerza, en el gran instrumento del futuro del hombre.

